

Brasil: participación ciudadana y cultura digital Una entrevista a Rodrigo Savazoni

*Brazil: Civil Participation and Digital Culture
An interview with Rodrigo Savazoni*

Rodrigo Savazoni

Programa Municipal Digital del Teatro Municipal de São Paulo
rodrigossavazoni@gmail.com

RESUMEN

Rodrigo se define como un instigador cultural. Inquieto y polifacético, es escritor, periodista, director multimedia, activista, académico y poeta. Pertenece a una generación que cree en las posibilidades de innovar desde los márgenes, retomando las raíces identitarias a través de la cultura popular, pero incorporando también las posibilidades de la producción digital para la creación colectiva. Conversamos con él para que nos comparta su visión sobre el momento que vive Brasil, el ecosistema de las iniciativas ciudadanas y el papel de la cultura digital en los procesos de innovación y transformación social.

PALABRAS CLAVE

Activismo; movimientos sociales; Sao Paulo; teatro; transformación social.

ABSTRACT

Rodrigo defines himself as a cultural instigator. Restless and versatile, he is a writer, journalist, multimedia director, activist, academic and poet. He belongs to a generation that believes in the possibilities of innovation at the margins by returning to the roots of identity through popular culture, but also through the incorporation of the possibilities provided by digital production for collective creation. Our conversation with him touches on his vision of the present day Brazil, the system of citizen initiatives, and the role of digital culture in the processes of innovation and transformation.

KEYWORDS

Activism; social movements; Sao Paulo; theatre; social transformation.

La idea de introducir la matriz ancestral de nuestras culturas en el centro del proceso y el desarrollo político es la forma más innovadora de todas.

Rodrigo se define como un instigador cultural. Inquieto y polifacético, es escritor, periodista, director multimedia, activista, académico y poeta. Pertenece a una generación que cree en las posibilidades de innovar desde los márgenes, retomando las raíces identitarias a través de la cultura popular, pero incorporando también las posibilidades de la producción digital para la creación colectiva.

Fue fundador de la Casa de la Cultura Digital y creador del Festival Cultura Digital (<http://culturadigital.org.br>). Actualmente coordina el Proyecto Institución de Cultura Digital y el programa Municipal Digital, un lab de cultura digital y artes en el Theatro Municipal de Sao Paulo (<http://theatromunicipal.org.br>).

Conversamos con él para que nos comparta su visión sobre el momento que vive Brasil, el ecosistema de las iniciativas ciudadanas y el papel de la cultura digital en los procesos de innovación y transformación social.

Paola Ricaurte: Brasil, 2015, ¿en qué momento estamos?

Rodrigo Savazoni: En un momento muy delicado y complejo. Necesito algunas capas de análisis para responder a esta pregunta. Ir, al menos, a tres niveles del entorno: desde la corriente principal de la política, pasar por el tema económico y terminar mi respuesta específicamente hablando de las redes y las alternativas que se fortalecen en nuestro país. Políticamente, estamos viviendo el cuarto gobierno de coalición liderado por el Partido de los Trabajadores (PT). Hace poco más de un año, la presidenta Dilma Rousseff fue reelegida en una elección cerrada, la más disputada que hemos tenido desde el retorno a la democracia. Fue una elección plebiscitaria marcada por una división entre los que apoyan el ciclo iniciado por PT, la expansión de los derechos sociales y la inversión en prioridades económicas y políticas, y los que, a la izquierda y la derecha, querían un cambio de mando. No surgió, sin embargo, en esa elección, ningún proyecto alternativo al que está en vigor. Más bien, el orden del día propuesto por los opositores a Rousseff y el PT era una agenda basada en la reanudación más clara de fundamentos neoliberales que marcaron el período de la presidencia de Fernando Henrique Cardoso (FHC). Rousseff fue elegida con un discurso de más cambios, pero una vez nombrada, inició un nuevo gobierno

mediante la implementación de una agenda que se asemeja a la de sus oponentes. Es decir, desechando el pacto de gobernabilidad con los movimientos sociales que todavía constituyen el apoyo del gobierno del PT. Pues bien, al alejarse de las bases históricas de la izquierda y ceder a las demandas de un parlamento extremadamente conservador, dirigido por un presidente de la Cámara notoriamente corrupto, Dilma llegó amenazada por la posibilidad de enfrentar un juicio político. Las manifestaciones callejeras, reuniendo a millones de personas salieron a las principales ciudades del país, con el objetivo de detener el gobierno de la presidenta. El entorno es muy duro, con el odio dominando el debate público. Dilma sufre oposición sistemática de las clases medias urbanas, perdió apoyo entre los más pobres, fue duramente criticada por los medios de comunicación. Sin embargo, parte de la élite económica y dirigente del país decidió no apoyar el juicio político. Y los movimientos sociales, aunque insatisfechos con la dirección del gobierno, también salieron en defensa de la democracia y la constitucionalidad de su gobierno. Esta inestabilidad política se ve agravada por un momento de reflujo en la economía, cuando el país entró en recesión, con reducción de los ingresos, el empleo y el aumento de la inflación, especialmente los aranceles y los servicios asociados con el gobierno (como la luz y combustible). Dilma y su ministro de Finanzas propusieron un ajuste fiscal que disgustó a todos los sectores, pero fue su apuesta por un retorno al crecimiento. En este sentido, tenemos en el ámbito de los movimientos de la sociedad civil, un escenario de fragmentación enorme. Una parte de la izquierda, que se asoció con las protestas de 2013, abrió su oposición al gobierno, pero perdió gran parte de su capacidad para movilizar y llamar, al punto que uno de los líderes del movimiento Pase Libre decretó el final de su organización. Otros movimientos de izquierda, más asociados con los movimientos tradicionales, como los estudiantes, los campesinos o las personas sin techo, se unieron a redes de jóvenes como Levante Popular de la Juventud y Fuera del Eje y los nuevos líderes del Parlamento, con la bancada del partido Socialismo y Libertad (PSOL), dirigido por Jean Willys, en defensa de la democracia, contra el juicio político, y por los cambios en el gobierno. Otra parte de la juventud y las redes decidió invertir en la creación de un partido llamado Sostenibilidad Red, que recientemente se ha institucionalizado y hay otras estrategias que se están desarrollando para crear partidos y redes. Por último, hay un fenómeno muy reciente es la aparición de las redes y organizaciones de derecha o extrema derecha ganando mucho espacio en los debates a través de Internet y la convocatoria de las actividades políticas y culturales. En junio ya había una mezcla en la calle de una variedad de temas y visiones del mundo que parecía absolutamente impensable. Eso, de alguna manera, persiste, con los colores un poco más evidentes, pero aún así constituye una combinación sin precedentes en

el país. El hecho es que Brasil está ahora huérfano de un proyecto de futuro y esto se expresa de mil maneras.

PR: Háblanos sobre las iniciativas públicas de Brasil con respecto a la tecnología, en particular Internet y la cultura digital para la participación ciudadana.

RS: El Brasil vivió durante los ocho años del gobierno de Lula, una experiencia sin precedentes de colaboración entre el gobierno y la sociedad civil en la producción de soluciones de participación ciudadana, con un fuerte impulso a la cultura digital libre y el desarrollo de la innovación cívica. La presidenta Dilma Rousseff no es una entusiasta del diálogo y no está abierta a traducir de facto los procesos de participación en acciones concretas, la política dinámica y piramidal jerárquica todavía prevalece sobre la horizontalidad de las redes. Eso produjo un enorme retroceso, pero aún así, en virtud de movilizar nuestras redes, aprobamos hace algunos unos años el Marco Civil de Internet, una legislación muy avanzada para el reconocimiento y la afirmación de los derechos de los ciudadanos en el entorno digital. Esta ley aún carece de regulación y esta es la disputa que se libra en el país en este momento. Es decir, en el ámbito federal, el momento es delicado. El regreso de Juca Ferreira a la Secretaría de Cultura animó a parte de los movimientos políticos y culturales y las redes de la cultura digital, pero poco se hace para impulsar realmente la agenda de la participación y la cultura digital. Este diciembre se llevará a cabo un encuentro mundial de redes, llamado Emergencias, convocado por el Ministerio de Cultura. Esto puede llevar a ser un punto de inflexión.

Por otra parte, la sociedad civil sigue actuando de innumerables maneras. Sigue buscando caminos. Lo más interesante que está emergiendo, en mi opinión, ha tenido lugar en las ciudades del país, grandes y medianas, con la asociación entre la cultura digital y la ocupación del espacio público. En Sao Paulo, por ejemplo, es muy fuerte y ha encontrado apoyo del actual alcalde, Fernando Haddad (PT). Se realizó un programa de conectividad digital de todas las plazas y un edicto para ocuparlos con acciones culturales y políticas promovidas por la ciudad. En Río de Janeiro, las iniciativas como Mi Río o colectivos como Norte Común dan la tónica de maneras muy diferentes de experimentar la ciudad y establecer un nuevo estándar de la participación, sin excusas. En Rio Grande do Sul, está el caso de la Prefectura de Canoas, la asociación de los presupuestos participativos con mecanismos digitales. Estamos en un momento de reflujo parcial, pero también de gran vitalidad entre los jóvenes. Principalmente si miramos las organizaciones de las mujeres, el nuevo feminismo que realizó recientemente fantásticas manifestaciones en las

calles, y la organización de la juventud periférica, con una fuerte expresión cultural y política. Los próximos años prometen.

PR: Ahora, desde la esfera ciudadana, ¿cuáles son los hitos que han marcado la acción colectiva en años recientes? ¿Cuál es el balance en términos de construcción de ciudadanía, incidencia política, nuevos marcos de referencia? ¿Qué lograron, en qué acertaron o fracasaron las iniciativas?

R.S.: Esta es una cuestión enorme. Se necesitarían muchas tesis para responderla. Seguro que no sé responder a ella, pero voy a pensar abiertamente, en voz alta, para ver si eso trae alguna contribución a un debate que considero de los más necesarios. El Brasil desde su redemocratización, con el fin de la dictadura, se ha hecho más complejo. Aprobamos una constitución que reconoce y afirma los derechos, conseguimos mantener cierta alternancia democrática del poder sin mayores interrupciones, pero al mismo tiempo, nos jugamos muchas de nuestras contradicciones fundadoras debajo del tapete. La esclavitud –y el hecho de que éramos la última nación de América en abolirla– sigue siendo un flagelo, una tragedia. Para los negros y los pobres, la dictadura nunca terminó. La Policía Militar, creada para perseguir a los izquierdistas, ahora es la responsable del asesinato en masa de la juventud negra en las periferias del país. La desigualdad persiste como una maldición, para impedir el pleno desarrollo de nuestra sociedad. En los últimos años, y con mucha más velocidad a partir de Lula, se comenzó a revertir el ciclo de la exclusión, la reducción de la pobreza extrema, alguna distribución del ingreso, políticas afirmativas para asegurar el acceso a la educación y la cultura a la población negra y, de hecho, empezamos a ver algunos cambios. Sin embargo, estos avances se han producido sin que se hiciera un trabajo más serio de politización de estas conquistas. Sin que se llevara a cabo reformas profundas que cambiaran la estructura de poder de nuestra sociedad. Y con resultados bastante parciales en las afueras de las grandes ciudades como Sao Paulo y Río de Janeiro. La vida urbana en Brasil está bastante deteriorada y hay mucho miedo en el aire. Un miedo paralizante. El resultado es que estos avances están en riesgo. Tampoco han madurado y estamos sufriendo la posibilidad de un retroceso. Los partidos de izquierda están por los suelos, especialmente el PT, la incredulidad en el juego político institucional está alcanzando niveles inimaginables y parte de las fuerzas sociales que impulsaron la lucha social sufren hoy también una relación conflictiva con el gobierno, una ambivalencia entre el apoyo y la crítica que a menudo sólo confunde a los propios militantes. Creo que el mayor éxito fue –y todavía es– poner en primer plano la lucha

contra la desigualdad. Ninguna nación, ninguna sociedad será mínimamente justa con la obscena distribución de la riqueza que hay en Brasil. La principal omisión me parece que fue la de la discusión de ideas, el no haber hecho una profunda reforma del sistema de medios de comunicación y también una inversión muy fuerte en cultura, porque la sociedad brasileña vive ahora una actitud de reflujo conservador que va contra la corriente del resto de América Latina. Imagínese que en nuestro país tenemos un presidente del congreso capaz de proponer una ley que impide el aborto en casos de violación. El hecho es que no hay ninguna razón para volver atrás. No podemos volver atrás. Creo que la lucha principal debe ser, entre todos los que creen en el futuro, en la inclusión y más derechos. Nada menos.

PR: Cuéntanos del ecosistema de iniciativas ciudadanas en Brasil, sus objetivos, sus especificidades, su campo de acción, sus fundamentos y referentes. ¿Cómo se manifiestan las intersecciones entre los procesos ciudadanos, la cultura popular brasileña y la cultura digital? ¿Cuáles consideras actores o colectivos ciudadanos que han podido articular las iniciativas con mayor grado de innovación?

RS: El Brasil vivió una experiencia muy particular, a principios del siglo XXI éramos al mismo tiempo la capital de Otro Mundo Posible, en Porto Alegre, el Foro Social Mundial, y elegimos como presidente de nuestro país a un tornero nacido de la extrema pobreza. Estoy hablando de Luiz Inácio Lula da Silva. En este contexto, tenemos una muy fuerte protección de la comunidad y el desarrollo del software libre en Brasil, que influye directamente en las políticas que se están aplicando a nivel federal y es que hay algo inusual, que es el Ministerio de Cultura abre las puertas a estas innovaciones de abajo para arriba. En 2003, con Lula, se hace cargo del Ministerio de Cultura el cantautor Gilberto Gil, que había sido concejal en Salvador, trató de ser candidato a la alcaldía e incluso desarrollar la cultura política pública pionera en su ciudad natal de Bahía. Gil, con Juca Ferreira, Claudio Prado, Celio Turino y un número de otras personas, implementa un programa que se llama Cultura Viva, cuya principal acción fue la creación de Puntos de Cultura. ¿Qué fue eso? Una convocatoria pública nacional para reconocer los agentes de la cultura brasileña, para impulsarse, de un grupo de hip hop a una aldea india, un grupo de cimarrones a una comunidad marcatu, una escuela de samba a una organización de activismo digital, éstos pasan a ser los Puntos de Cultura y ganaban recursos para su sustentación más un kit multimedia para hacer o subir su contenido a internet. Estamos hablando de 2003 y 2004, no había YouTube, Facebook, hacer una transmisión era una aventura, las conexiones de banda ancha eran prácticamente inexistentes. Fue muy pionero. Y le dio un gran impulso para la cul-

tura libre en Brasil. Un impulso que asocia los hackers y los agentes de la cultura popular en el mismo campo de la diversidad cultural. Fue entonces cuando surgió la idea de una cultura digital brasileña, no sólo basada en la ideología californiana, sino en el encuentro profundo con nuestra matriz antropológica, donde lo que viene de fuera es asimilado críticamente y devuelto en creaciones singulares para el resto del mundo. Fue un momento muy rico, porque los Puntos de Cultura comenzaron a organizarse en redes y muchos activistas, entre los que me incluyo, vieron en este nuevo paradigma, un gobierno que alimenta la utopía de vivir sin gobierno, un proyecto político para unirse. Y nos unimos y creamos las redes, nos asociamos. En el hip hop surge una red, los Enraizados, que desde Nova Iguaçu, con un sitio de redes sociales, antes de que existieran los sitios de redes sociales, comienza a dar visibilidad a la red de la cultura negra urbana; surge la red Metareciclagem, que reúne a los hackers y a los activistas y artistas más radicales, para influir en las políticas de inclusión y cultura digital con la colaboración y el intercambio de ideas; surge la red Overmundo, un sitio de redes sociales, de producción colaborativa de información, con el objetivo de hacer la cobertura ciudadana de la diversidad cultural brasileña. Este sitio venció a Golden Nica, Ars Electronica, Comunidades Digitales. Surge Fuera del Eje, la articulación de los productores culturales de circuitos "excluidos" de la producción cultural brasileña, que eran todos, menos el eje Rio-São Paulo; surge la Red de Acción de Cultura Digital, con los jóvenes actuando junto con los puntos de cultura, con población nativa indígena, de ribera, y eso nos dio Indios en Línea, un punto de cultura digital de los Ashaninka en el Amazonas; en Acre, en Puraqué, colectivos en Santarem que trabajaron inclusión digital y economía solidaria con el personal de Laboca; artistas y activistas del noreste en la obra de la Madre Bet Oshún, en el trabajo de Acción Grió, con los maestros de la cultura ancestral brasileña. Fue algo muy especial. Cuando pienso en lo que me gustaría que Brasil sea, pienso en un país de puntos de cultura, organizados en redes, donde nuestra creatividad esté al cargo y nuestra imaginación alimente la política. Pero sufrió, como siempre, la falta de mecanismos institucionales mejor estructurados para poner el estado de la máquina paquidérmica al servicio de la ciudadanía. Sin embargo, fue influenciado por todo lo que hemos creado en la Casa de la Cultura Digital, desde donde las redes como CulturaDigital.Br Network, la primera red social dirigida a la construcción de una política pública, o red Hacker Transparencia. Escribiendo ahora pienso que todo esto está muy vivo en todos nosotros y que sigue siendo nuestro programa para el futuro, nuestra única contribución posible a una humanidad que, o bien cambia o sucumbe. Para mí, esta es nuestra gran innovación posible. Una contribución millonaria de todos nuestros errores.

PR: Ubicándonos en un escenario regional, ¿cómo deben canalizar sus esfuerzos y a qué deben prestar atención las iniciativas ciudadanas de Brasil?

RS: Creo que todo Iberoamérica vive un reflujo político. Un delicado y tal vez articulado reflujo orquestado por quienes se interesan en desarticularnos. Pero yo diría que, sin tener un gran conocimiento de los hechos, lo que ocurre hoy en día en Ecuador, Bolivia y Uruguay necesita ser mirado con gran cuidado. Creo que los cambios constitucionales que se han producido en estos países, con la idea de introducir la matriz ancestral de nuestras culturas en el centro del proceso y el desarrollo político es la forma más innovadora de todas. Lo que no deja de ser divertido... porque estoy aquí diciendo que innovar es buscar lo ancestral. Pero creo mucho en esto. Y realmente creo que debemos pensar en la producción de tecnologías a partir de ahí, la idea de que somos diferentes y tenemos necesidades específicas. Una vez más, me parece que nuestro gran trauma, nuestra gran llaga, sigue siendo la desigualdad, y esto tiene que ver con la introducción y la imposición del capitalismo entre pueblos que ya han inventado otras maneras de relacionarse con la tierra y producción. No estoy aquí abogando por un retorno a las cabañas o incluso una visión anti-tecnológico. Yo estoy defendiendo que debemos pensar en un modelo de desarrollo donde las tecnologías deben ayudar a superar una visión de desarrollo basado en la idea de la insaciabilidad infinita. En otras palabras, buscamos la suficiencia. Las tecnologías de colaboración tienen mucho de eso. Pueden permitirnos cambiar cuando lo que teníamos era un consumo desmedido, pueden permitir la cooperación donde antes solo había poderes de competencia, y creo que los defensores de la innovación ciudadana tienen que trabajar sólo para liberar este poder. América Latina tiene un papel central en eso.

PR: Mirando hacia el futuro glocal: ¿cuáles son los desafíos de la acción colectiva, considerando las tensiones políticas, la crisis del petróleo, el contexto de la vigilancia masiva, la estructura de la propiedad del sector Telecom, el TPP, el recrudescimiento de leyes que vulneran la libertad de expresión y el derecho a la privacidad, el papel de las corporaciones en la definición de políticas públicas y en la producción de conocimiento?

RS: Lo primero que tenemos que entender es que el Internet es una red de control. La red de control más avanzada que jamás haya existido. Ninguna otra plataforma de comunicaciones nos permite realizar un seguimiento de los datos como lo hace el Internet, por lo que es esencial que nos esforcemos por difundir el anonimato. También es evidente que como ocurrió en todos los campos del conocimiento a partir de la revolución digital, la guerra de hoy es también la ciber-guerra y el epicentro del conflicto del dominio del conocimiento. Los EE.UU. ya tienen tres

grandes instituciones bajo su mando con el único propósito de dominar las fronteras ciberpolíticas (que son omnipresentes y distantes entre sí). Es un escenario muy complejo. En Brasil, gracias a Snowden y Wikileaks, pudimos confirmar que el Departamento de Estado de Estados Unidos espía a la Presidenta de la República, Dilma Rousseff. Es algo muy serio. Y eso demuestra el nivel que hemos alcanzado en esta disputa. Además, sabemos que las plataformas propietarias de las corporaciones estadounidenses están estructuradas para "cooperar" aportando información a través de sus puertas traseras. Por lo tanto, estamos alimentando este gran control del dragón y es imposible predecir cómo de grande podrá llegar a ser. Nuestra web, nuestra amada web, está siendo detonada por arquitecturas que restauran el flujo de uno a muchos que marcó la era de los medios masivos de comunicación previos a Internet. Basta pensar en el peso del tráfico de datos de Netflix. No veo otra alternativa que seguirnos afirmando en el software libre, la idea criptopunk de la privacidad de los ciudadanos y la transparencia de los gobiernos. Apostamos por el desarrollo de tecnologías alternativas, el uso de cifrado, y por último, tenemos que seguirnos organizando para defender la disposición potencialmente revolucionaria del Internet libre. Encuentro muy interesantes las iniciativas que están sucediendo en las criptofiestas que tratan de difundir estos valores a los ciudadanos conectados. Pero la imagen es muy oscura, existe un retroceso inimaginable dirigido a restringir las libertades democráticas, los derechos humanos, la igualdad.